

# **UCLA**

## **Mester**

### **Title**

Manfred Engelbert. Violeta Parra. Lieder aus Chile: Zweisprachige Anthologie. Canciones de Chile: Antología bilingüe

### **Permalink**

<https://escholarship.org/uc/item/88t8m88t>

### **Journal**

Mester, 44(1)

### **Author**

Zurita, Raúl

### **Publication Date**

2016

### **DOI**

10.5070/M3441037802

### **Copyright Information**

Copyright 2016 by the author(s). All rights reserved unless otherwise indicated. Contact the author(s) for any necessary permissions. Learn more at <https://escholarship.org/terms>

Peer reviewed

ENGELBERT, MANFRED. *Violeta Parra. Lieder aus Chile: Zweisprachige Anthologie. Canciones de Chile: Antología bilingüe*. Frankfurt am Main/Madrid: Vervuert/Iberoamericana, 2017. 373 pp.

Publicado inicialmente en Alemania en 1978, este libro constituyó, y sigue constituyendo en esta tercera edición actualizada, un hito crucial, revolucionario, si aún se nos permite usar esa palabra, en la comprensión de la obra de una mujer, Violeta Parra que, hoy sabemos, se cuenta entre los grandes creadores, hombre o mujer, del siglo XX. El que hoy sepamos que es así no es ajeno a esta antología que tuvo y continúa teniendo, aunque sé que a Manfred no le va a gustar el término, un carácter oracular. En ella se presenta a Violeta Parra, a la que se clasificaba simplemente como folclorista, y a mucho honor por el término, por primera vez como una poeta extraordinaria, que debía agregarse a los llamados cuatro grandes de la poesía chilena: los premios Nobel Gabriela Mistral y Pablo Neruda, más Vicente Huidobro y Pablo de Rokha. Hago aquí una interrupción porque leyendo el libro de Manfred me acabo de dar cuenta de que la personalidad más cercana a Violeta Parra es precisamente Pablo de Rokha, un poeta gigantesco, no menor que su archienemigo Neruda, a quien el mundo, especialmente Europa, deberá tarde o temprano descubrir, pero decía que la afirmación de Manfred Engelbert puede parecernos hoy obvia, pero entonces no lo era, y ese simple desplazamiento implica derribar una serie de subentendidos, de prejuicios culturales y de clase que, incluso dentro del Partido Comunista de Chile, al que Violeta estuvo siempre estrechamente ligada, con intención o no, intentaban neutralizarla, relegándola a un plano menor, inofensivo.

Nunca se sabrán las razones finales por las que un ser humano se suicida, nunca sabremos su voz última, solo sus indicios y la claridad al respecto se llama comprensión y rigor. Manfred Engelbert muestra los indicios, los datos objetivos que precedieron a su muerte recortándose contra el trasfondo de un movimiento popular en ascenso que alcanzaría el triunfo de Salvador Allende en las elecciones presidenciales de 1970 e ignorante aún de la gran tragedia que le esperaba después de la alegría. Violeta Parra no vio ni esa alegría ni esa tragedia, se suicidó tres años antes de la gran victoria de Salvador Allende y seis años antes el sangriento golpe militar de Pinochet, pero sus canciones sí la vieron. Sí conoció esa alegría “Gracias a la vida”, sí conoció esa tragedia “Maldigo del alto cielo”.

No recuerdo un libro en mucho tiempo que me haya invitado como éste a pensar. Tal vez lo más importante de esta reedición es mostrarnos la abismal actualidad de Violeta Parra. No es que este tiempo feroz la redescubra, es que en su arte, en sus canciones, en sus décimas, en su amor herido, estaban contenidas todas las improntas de la historia que le sobreviviría. No existen en las lenguas humanas palabras para nombrar el horror absoluto, para dar cuenta del instante exacto en que un cuerpo torturado hasta hace un momento pasa a ser un desaparecido, carecemos de imágenes para fijar ese segundo infinitesimal en que alguien se convierte en sus despojos. No tenemos conceptos para imaginar qué preguntas, qué recuerdos, son los que asaltan a un ser humano en ese extremo monstruoso en que está siendo muerto. Y sin embargo debemos hablar, debemos traer a este lado del mundo, la porosidad terrible y despiadada de cada uno de esos instantes. Expulsados del horizonte del lenguaje debemos, no obstante, erguirnos desde la impotencia de las mismas palabras y volver una y otra vez sobre ese extremo irrepresentable de la violencia y del crimen.

Violeta Parra nos habló, nos gritó, nos cantó, esas palabras que no teníamos. Su primera gran lección fue mostrarnos su desnudez, su indefensión y su fuerza, en pos de una verdad que la excedía, que nos excede a todos, la certeza irrefutable de que Dios existe, pero solo en los cantos. No es extraño entonces que ella les hable todo a todos. Su humor, su burla, su ironía, su lamento, su grito, hacen presente una trascendencia de la tierra que se encarna en su voz como si las letras de sus canciones expresando dictámenes anteriores incluso a los hombres y las sociedades que los debían acatar. En sus últimas composiciones ya no es posible hablar de poesía, es necesario hablar de rituales. La voz que canta “Volver a los 17” en su dulzura, en su pureza, en su éxtasis, le pertenece a lo más humano de lo humano, tanto que excediéndonos de vida, de emoción, de sueños, esa voz ya no es de una mujer o de un hombre, sino que es la voz de una humanidad por venir.

Es la gran intuición de Violeta Parra; ella le habla a un presente al que el horror del mundo, su injusticia, su violencia, su apatía, le coarta el derecho a ser pasado y donde canciones como “Qué dirá el Santo Padre” que, por la época, evoca a Paulo VI, no puede sino hacer presente las millones y millones de palomas degolladas que un mundo injusto hasta la náusea continúa provocando. Porque, al contrario de lo que afirma el lugar común que nos dice que la poesía es el más solitario de los oficios, nadie compone canciones ni escribe poesía solo.

Se escribe con la totalidad de la historia y si escribir “Todas íbamos a ser reinas” o componer “21 son los dolores” es un acto íntimo, lo es solo porque no hay nada más colectivo que la intimidad; allí se cruza todo: los sueños de la noche anterior, recuerdos, lecturas, discusiones, derrotas, exilios, esperanzas. En otras palabras, que en ese entramado de nervios y sangre que persistimos en denominar lo humano, cada uno de nosotros es responsable no solo de sus acciones sino de las acciones de la humanidad entera. No estamos preocupados solo en nuestras faltas y yerros, sino en todas las faltas y yerros que se han cometido desde el comienzo del mundo y que continúen cometándose hasta que el último de los hombres contemple el último de los atardeceres.

Recordar la monstruosa dimensión colectiva del mal y al mismo tiempo volver a hacer presente el hálito de una pasión y de una compasión inextinguible, instalada en cada átomo de la existencia, donde todo, desde las moléculas de polvo hasta los más lejanos universos, dialoga con todo y existe porque lo otro existe. Como si fuera un sueño entrevemos entonces los contornos de una historia paralela, una historia afincada en la tierra, en lo más ancestral de ella, donde vislumbramos que si estamos aquí, presentando este libro de Manfred Engelbert en la Feria del Libro de Frankfurt, que si estamos en este momento en Alemania, en Europa, en el mundo, que, en suma, si la humanidad no ha sucumbido y estamos nosotros acá, es porque esa solidaridad que le permite a Violeta escribir ese himno que es “Gracias a la vida” es también la misma pasión que le llevó a cometer el acto irrevocable de matarse.

Desde Homero le ha correspondido a los cantos ser el descomunal registro de la violencia y, paralelamente, el registro no menos descomunal de la compasión. Sobrevivientes diarios de una violencia que siempre nos concierne, en la que siempre estamos involucrados, nos damos cuenta de que nada existiría si no fuera porque la esperanza de un nuevo día está inscrita en lo más imperecedero del sueño humano. Porque la pregunta, hoy, frente a esa cohorte interminable de sufrimientos; los miles y miles de refugiados que mueren diariamente en el Mediterráneo al volcarse sus precarias balsas, los secuestrados y decapitados del narcotráfico, los interminables bombardeos y el hambre ¿cómo se soportan? ¿Por qué esa mujer a la que una bomba le trituró los hijos no se suicida? ¿Por qué esos millones y millones que sobreviven en condiciones no descriptibles siguen luchando por su derecho a la vida? Sea cual sea la respuesta, si sumáramos una a una

las razones, casi inaudibles, mínimas, impensadas, que hacen que los más arrasados no se maten y que opten, segundo tras segundo, por seguir vivos, esa suma formaría la imagen del paraíso. Allí estaría la mañana soleada, allí estaría volviendo de su trabajo el esposo destrozado, allí estaría la casa reconstruida, allí estaría la leche que no tuvo la madre para darle a su hijo moribundo, allí estaría el pan, la tibia de la cama cuyo colchón intacto se asoma entre los escombros.

Como si fuera un sueño entrevemos entonces los contornos de una historia paralela, de una solidaridad y justicia también inconmensurables donde tarareando, en un tiempo apenas vislumbrado, “Run-Run se fue pa’l norte”, “Arauco tiene una pena”, sucesivas muchedumbres mirarán las imágenes de nuestro tiempo y se preguntarán por esta época feroz y remota, donde la mayoría de las veces el amor fue un delito porque lo natural era el odio. Nada quedará allí de nosotros y sin embargo algo de nuestros ojos muertos estará mirando a través de esos ojos vivos. En ese sueño un hombre destrozado acaba de tomar de la mano a su hijo pequeño y los desaparecidos vuelven de la muerte, resarcidos a través de un mundo que ya no precisará de los recordatorios porque habrá abolido para siempre la violencia, la tortura y el asesinato. Es esa condición doble la que le otorga a las canciones y la poesía de Violeta Parra su imperativo moral y su dimensión futura. En nuestras patrias de desaparecidos, donde miles y miles y miles de madres, de hijas, de esposas, de abuelas, siguen buscando los cuerpos de sus hijos, de sus padres, de sus maridos, de sus nietos y nietas, cantamos para recordar, pero se canta también para que un día los seres humanos se liberen de la obligación del recuerdo.

Y tal vez no seamos más que una raza de asesinos, pero si lo somos, somos una raza de asesinos condenados a construir el paraíso. Mientras haya Violetas nadie podrá sacarme al menos esa esperanza. Es parte de las locuras que me ha hecho pensar este libro. La otra es cómo diablos se traducirá al alemán “Mazúrqica modérnica”. Todos los que saben me han dicho que la traducción de los poemas canciones es extraordinaria, así que no tengo duda de que habrá salido bien del paso. Pero, ¿cómo se traducirá? Gracias, Manfred, porque tu libro nos obliga a mirarnos, es decir, nos obliga a ser más libres. Es lo que todo gran arte quiere: hacernos más libres.

Muchas gracias, querido amigo, por esta antología de Violeta Parra.

*Raúl Zurita*

*Feria del Libro de Frankfurt, 12 de octubre de 2017*